



VIOLENCIA INTRAFAMILIAR: ¿también nosotros?

La paz del corazón es el corazón de la paz.

Beato Juan Pablo II

Por ANA MARÍA BALDRICH y
MARÍA DEL CARMEN MUZIO

En ocasiones, uno escucha por la calle comentarios que parecen sacados de una película de horror, rumores que se oyen y a los que se les ofrece el beneficio de la duda. No hace tanto me contaron el caso de una madre que, al comprobar que su hija, estudiante de secundaria, estaba embarazada, la golpeó de tal manera que la muchachita tuvo que ser hospitaliza-

da, operada de urgencia, perdió el bebé y quedó estéril. Otro de estos cuchicheos escuchados fue el de la madre que asesinó a sus propios hijos, en represalia contra el infiel esposo, como una especie de Medea¹ tropical.

En los noticieros observamos casos terribles ocurridos en otros países, fundamentalmente México, nos asombramos pero los vemos

muy lejanos, como si a nosotros esos problemas no nos tocaran.

Sin embargo, estudios recientes de psicólogos, sociólogos y especialistas de otras ramas de las ciencias sociales, llaman la atención sobre el hecho de la violencia intrafamiliar (VIF) en nuestro país. Primeramente, es necesario definir qué es la violencia intrafamiliar y sus distintas aristas.

Se asume por diversos estudios del tema, como concepto de VIF a todo acto u omisión intencional, en el ámbito de las relaciones interpersonales en la familia y que es capaz de producir un daño físico, psicológico o patrimonial a otro(s) miembro(s) o a los propios ejecutores del acto o su omisión, causando irrespeto a los derechos individuales”.

Según estudios realizados (Díaz, 2007) se puede establecer un “círculo de violencia familiar”, que permite la alternancia de víctima y victimario acorde a quien tenga el poder; otro eje de análisis es la transmisión intergeneracional de modos y comportamientos cargados de violencia y el otro eje es el vínculo entre el funcionamiento familiar en situación de violencia y la violencia social. En los tres ejes hay una interconexión que explica la cadena de la violencia en la familia con la violencia social

Por lo tanto, el problema no es tan simple. Aunque la violencia es un acto humano que proviene desde épocas anteriores, reflejada incluso en obras literarias, y en la *Biblia* (recordemos el asesinato de Caín a su hermano Abel), es un hecho deleznable en la sociedad y que, durante mucho tiempo se ha considerado propio de seres psicópatas e inadaptados.

Ahora bien, la violencia familiar es imposible de reducir en exclusivo al seno hogareño, sin desconocer que también es un problema social, reflejo del ambiente que rodea al grupo. Es decir, una sociedad carente de ética, resulta más proclive a la VIF, por ello se hace imprescindible redoblar el llamado, por todos los medios a nuestro alcance, a la práctica de los principios éticos en nuestras relaciones cotidianas con los demás, donde primen los valores espirituales por encima de los materiales, cuando en el mundo entero, de cuya influencia no estamos ajenos, prevalece el hedonismo y el relativismo.

La VIF tiene diferentes formas de manifestarse, algunas más sutiles; otras, más notorias. Predomina, en general, la violencia verbal; la violencia física, lamentablemente

te, se da más en la pareja y el castigo físico a los hijos. Las víctimas suelen ser las más susceptibles dentro de la familia: mujeres, niños, ancianos, discapacitados, e incluso el hombre. Es decir, cualquiera de los sujetos dentro del grupo que sea permeable por alguna debilidad.

De esta forma, pueden considerarse manifestaciones de violencia intrafamiliar:

- Según los medios empleados: física, comunicación (verbal o no) y abandono.
- Según la naturaleza del daño: física, psicológica, económica o sexual.
- Según los espacios de expresión personal vulnerados: sexual, laboral, política, religiosa, lúdico, de género, generacional y personal/individual.
- Según los ejecutores o las víctimas participantes: grupal o individual.

A pesar de que en nuestro país existen una serie de centros especializados en atender los maltratos existentes, entre los que se encuentran: el Grupo Nacional de Prevención y Atención a la VIF, MINED, MINSAP, Poder Popular, CITMA, MES, entre otros, no por ello estamos exentos de casos de VIF, porque la violencia es una conducta humana, que se aprende y se fortalece en la experiencia cotidiana, que se gesta en la desigualdad derivada de las jerarquías de poder (económico, intelectual, entre otros) y que se nutre del ejercicio de ese mismo poder.

Una de las más comunes y conocidas es la violencia conyugal, en la que fundamentalmente la mujer ha sido la víctima por concepciones patriarcales o de acendrado machismo; y, en menor medida, se observa también la situación en que ambos esposos se agreden; violencia contra la mujer, ya sea por el esposo u otra persona (un jefe autoritario, un jefe lascivo, un individuo cualquiera de la calle); violencia contra los niños y/o niñas (maltrato de los padres, hermanos, maestros, vecinos, abandono de uno de los padres, descuido, negligencia); violencia contra los ancianos (ul-

traje psicológico o físico por parte de sus descendientes, de la sociedad, carencia afectiva).

Como se puede apreciar, el espectro es amplio e inagotable, porque puede ser también de orden económico en los ancianos y en la mujer cuando el esposo la abandona sin el debido respaldo para los hijos; y en los ancianos, cuando carecen de sus necesidades básicas que, por condiciones de la edad, son incapaces de solventarse.

Por supuesto que la VIF trae aparejada consecuencias a veces irreversibles. Un niño educado dentro de un ambiente familiar agresivo comienza él también a reproducir esos patrones de conducta en su ámbito, y también le causa bajo rendimiento escolar. En una madre abandonada le trae problemas laborales, baja autoestima, neurosis. Para los jóvenes crecidos en una familia con índices de violencia, conlleva al alcoholismo, la drogadicción, delincuencia, embarazo precoz.

Según la tesis de diplomado de la ingeniera Vivian Rodríguez Matos, *Una aproximación a la violencia intrafamiliar desde la comunidad de fe*: “La violencia intrafamiliar es un problema social de alto costo tanto para la sociedad como para las personas, por lo que no puede tolerarse ni legitimarse, sino debe denunciarse y tomarse acciones contra la misma. La violencia provoca daños tanto a sus víctimas como a sus victimarios por lo que éticamente es injustificable”². La diplomante realizó una amplia investigación en la zona de Alamar, la llamada “ciudad dormitorio” porque sus habitantes trabajan en otras áreas de la capital, con encuestas a los vecinos en los que obtuvo resultados muy interesantes, además de realizar diversos talleres sobre el tema. Uno de los motivos que señala es el problema de la escasez de viviendas que conlleva a que subsistan en la misma casa familias de hasta tres generaciones diferentes.



Por ejemplo, la publicación “Enfoques”, de la IPS, noviembre del 2007, comenta que “vemos también como violencia la imposición por la fuerza de los hombres al abordar un ómnibus o entrar a un lugar, la ocupación por los hombres de los asientos de los transportes públicos, el proferir palabras obscenas en los espacios públicos, sin el menor pudor, ante la presencia de mujeres, ancianos, o niños...”

Cuando los especialistas analizan las causas, señalan la prolongada crisis económica que vive la población cubana, el incremento del consumo de alcohol y algunos tipos de drogas, la convivencia de varias familias en una misma casa; otros, la vinculan a las relaciones de poder y control, o a la cultura machista que dificulta la negociación ante los conflictos; y señalan que la violencia es aprendida, que la causa es social y cultural, dada por una crisis de valores, ausencia de normas, falta de respeto a la persona y el percibir como peligroso todo lo que se muestre diferente a lo establecido.

Según refieren algunos especialistas, la sociedad cubana no escapa del fenómeno global de la violencia contra la mujer. Hay una cultura de la “no denuncia” e incluso pareciera que se perciben más efectos negativos con ella que con el sostenimiento en el tiempo de conductas violentas.

La violencia en la familia provoca sentimientos contradictorios: silenciarlos, negar su existencia, vergüenza, pena, y una baja autoestima en la víctima. Son situaciones muy lacerantes, porque provienen de personas que, en vez de ofrecer cariño, apoyo y amor, brindan todo lo contrario. Además, existe el criterio generalizado de que los problemas familiares corresponden al ámbito privado de la familia. Recuérdese dos refranes populares: “los trapos sucios se lavan en casa” y “entre marido y mujer nadie se debe meter”. Hay ocasiones en que un hombre agrede físicamente a la

esposa en plena vía pública, y los hombres que pudieran intervenir no lo hacen, porque según les he oído referir, cuando lo han hecho, la propia mujer se niega a establecer una denuncia formal contra su atacante por ser su marido. Estos casos se dan, especialmente, en personas de cultura marginal, donde impera como algo muy natural la idea patriarcal, el llamado “machismo” del que hasta las propias mujeres agredidas lo consideran algo natural.

Existen otros síntomas de violencia que por su difusión a través de los años ya es observado con indolencia y como algo natural: la imposición de los hombres por la fuerza al abordar un ómnibus, o el ocupar preferentemente los asientos, sin importarles que haya mujeres hasta con niños cargados o ancianos de pie. Se han escuchado en la llamada “igualdad de la mujer” para implantar este fenómeno, al que no ha quedado otro remedio que señalar la obligatoriedad de algunos asientos para estos casos. Otro hecho que se ha generalizado son las palabras obscenas proferidas en espacios públicos, sin el menor pudor, en presencia de cualquiera; y ha aumentado la mayoría de adolescentes y jóvenes que las han incorporado a su vocabulario con gran naturalidad, con lo que se ha conformado una “cultura marginal”, pero este aspecto merecería un tratamiento aparte.

La violencia contra los menores es considerada por algunos padres como algo necesario en su formación, sin comprender que, por el contrario, lo están deformando y educando a un ser que en el futuro también será agresivo. El no conversar con el niño o adolescente, el imponerle por la fuerza criterios injustificados o errados mediante los llamados “chancletazos, tapabocas” y demás, logran que el niño quiera después, en represalia, aplicarlos contra cualquiera, lo mismo a un animalito doméstico que a un compañero de la escuela o el círculo.

Con motivo de la “Jornada contra la Violencia” celebrada del 19 al 25 de noviembre del 2007, el boletín “Compartir” publicó estudios,

criterios y experiencias. Una de ellas fue la del doctor Fonticiella, realizada en el barrio El Condado, en la periferia de Santa Clara. Según su estudio de 1998: el 78% de estas familias habían vivido al menos una situación violenta en el año; el 75% de los niños habían visto un acto de violencia en su familia; y el 48% lo habían vivido en la escuela. Ha promovido en sus talleres comunitarios el evitar responder a la violencia con más violencia, algo frecuente, por la madre o el padre que instruye al hijo(a) que no se deje pegar y que responda igual a la niña o niño que le golpee, “no te quedes dado.” Están también las mujeres que con naturalidad piensan que responder al maltrato violentamente es normal y plantean: “bueno, yo no me dejo dar, nosotros nos fajamos”. Continúa el especialista argumentando: “Lo que sí está claro es que la violencia ejercida desde los primeros años de la vida engendra una personalidad violenta más tarde; todo esto se va reflejando del mundo individual al familiar y luego al comunitario.” Reconoce, además, que el desequilibrio del poder es la base del fenómeno, se trata de reacciones violentas relacionadas con las formas en que somos educados y educamos.

En un estudio que realizó a 81 menores en el hospital pediátrico “Juan Manuel Márquez”, detectó que las madres son las que con ma-



yor frecuencia utilizaron maltratos en sus hijos. Este oscila desde el descuido de la lactancia hasta lesiones graves. Un acto de violencia tan abominable e inconcebible por una madre se debe, según explica, a embarazos no deseados, la sobrecarga femenina en la doble atención a los hijos y al trabajo, el abandono paterno, fuertes trastornos de personalidad, y precarias condiciones económicas.

Otros factores coadyuvan a la instauración en nuestra sociedad de la VIF. Si se promueve una cultura de odios, de guerras, de confrontación, de no negociación ante conflictos, de represión; cuando los lenguajes son agresivos, invasivos, se establece una conexión de un sentir subyacente de reacción violenta, porque se responde con agresividad al sentirse menospreciado, controlado, o paralizado, por una violencia reprimida. Y ha de existir una responsabilidad social en la promoción de una cultura de paz, basada en el respeto a la dignidad de la persona.

Los educadores en las aulas, muchos sin vocación ni aptitud, provenientes de familias donde se aplica la violencia tanto en la de ellos como la de sus alumnos, son la causa de tristes historias de maltrato y que, desgraciadamente, subsisten desde la primaria, se agudizan en la secundaria, han sido espeluznantes en las, por suerte, desaparecidas becas de preuniversitario, pero que se mantienen en los centros urbanos mediante reiteradas agresiones verbales que van desde el irrespeto por cualquiera de los dos factores (profesor-alumno) y hasta por los padres.

Otra cuestión que influye negativamente son los medios de comunicación, y aunque es un fenómeno global, no estamos exentos de él, porque llegan con su carga violenta, manipuladora, para que el espectador se sensibilice con el asesino o el ladrón, se observan con naturalidad los gestos violentos, que crean una suerte de fascinación ante un asalto perfectamente bien perpetrado; y ni qué decir de las “vendettas” mafiosas, en visiones edulcoradas. Lo singular es

que muchos de estos mensajes no llegan sólo en las películas de acción, sino también en los dibujos animados, los llamados “muñequitos” o en seriales en el horario de la supuesta programación infantil. Y qué decir de los juegos computarizados, una sutil invasión de violencia dentro de los hogares.

Las diferencias sociales en cuanto al poder adquisitivo y la pérdida de los valores positivos de la ciudadanía también han provocado situaciones de VIF. De esta forma, existen familias que ven como algo positivo la prostitución de la joven o el joven en aras de una mejoría monetaria que los lleve a la adquisición de objetos inalcanzables o de visitar lugares a los que su economía no se los permite.

El alcoholismo, gran generador de violencia, ha arraigado en muchos hogares con la subsecuente desintegración familiar. Otra de las causas de los hogares rotos es el alto índice de divorcios que también genera, en algunos casos, manifestaciones de VIF. El estilo autoritario en la educación de los hijos, el considerar que la familia más realizada es la que tenga en mayor medida objetos o ropas costosos, que van desde el móvil telefónico hasta los actuales MP3. Es decir, una cultura de valores materiales por encima de los espirituales.

De esta forma, se dan situaciones, muy frecuentes, de jóvenes que buscan en el futuro esposo el que más posibilidades económicas tenga, y no el que posea los valores verdaderos, espirituales y de armonía para la futura creación de un hogar. La pregunta a cuestionarse sería el porqué de los tantos matrimonios con extranjeros: ¿amor o interés? Y esto, muchas veces, lo ha inculcado la propia familia o, simplemente, lo ven con naturalidad y negligencia.

La falta de una cultura de paz, del no conciliar las partes en conflicto, de un no asentamiento de la familia en valores éticos, sin que por ello tenga que entenderse necesariamente los que provienen de la ética cristiana, ha tolerado o no ha prestado la suficiente atención al grave daño que se viene produ-

ciendo en el concepto de familia, originada a partir del matrimonio entre un hombre y una mujer, en una parte significativa de nuestra sociedad, sobre todo en las jóvenes generaciones. Recordemos una vez más, que la familia es la célula primera y básica de la sociedad, de donde saldrán los futuros ciudadanos que de una manera u otra determinarán el destino de nuestra nación.

Ahora se observa con ojos alarmados los diferentes problemas que se presentan, y entre algunos de estos, aparece como fenómeno subyacente, la VIF. A pesar de las buenas intenciones y el prestarle atención por parte de muchísimas instituciones estatales y religiosas de variadas denominaciones, el mal subsiste sin que, hasta el presente, se encuentre remedio eficaz.

Si la palabra ética proviene del griego y significa “parte de la filosofía que trata de la moral y de las obligaciones del hombre” sería saludable conocerla, aplicarla, y divulgarla en sus conceptos más amplios. Una familia carente de la mínima ética jamás podrá ofrecer a la sociedad futuros ciudadanos conscientes de ella, porque lo que es incuestionable, y hasta lo plantea la filosofía marxista y atea, es la importancia de la familia como gen primario de la sociedad.

“La familia como institución social, a pesar de los cambios producidos por los diferentes contextos y momentos históricos, ha logrado sobrevivir, porque cumple funciones que son insustituibles por otros grupos humanos, entre estas el afecto, la protección y la intimidad. Es un grupo único y particular.”³

El anterior concepto, ofrecido por una especialista en el tema, nos llevaría a formularnos un cuestionamiento esencial: ¿acaso lo cumplen nuestras familias en la actualidad?

Por desgracia, en nuestra sociedad –al igual que en muchas otras– predominan diferentes tipos de familia, categorizadas según los psicólogos, pero que no son más que



el desmembramiento de lo que realmente entendemos por el concepto de familia.

De esta forma, existen en gran medida las llamadas “monoparentales” debido a que está constituida sólo por uno de los padres con sus hijos, en que lo más común es que sea la madre la que ejerza la jefatura, ya sea por divorcios o fallecimiento de uno de los cónyuges. Otro caso que también es muy frecuente, es el de la “familia de madre soltera”, ya sea porque el padre no asumió su paternidad o motivada por los cantos de sirena de la llamada independencia femenina. A estos dos tipos algunos especialistas, no sin razón, la denominan “familia incompleta.”

Y existe, además, en gran medida, la “familia ensamblada”, constituida por una nueva unión de personas divorciadas en que ambos miembros de la pareja aportan hijos de matrimonios anteriores; y si, llegan a tener hijos comunes, se les nombra “familias reconstituidas”.

Como es apreciable, el relativismo en nuestra sociedad ha dañado en gran medida la unión primordial y básica de la misma. Otro factor es que la crianza de los niños bajo la tutela de un padrastro o una madrastra puede traer la consecuencia del maltrato de los mismos, o a la desobediencia de los hijos por no considerar una verdadera autoridad familiar a la persona a la que no le unen lazos de consanguinidad. De estos factores mencionados a que aparezcan casos de VIF media una delgada línea, y puede ser agente coadyuvante de la misma.

La ausencia de valores, la falta de una verdadera ética en una parte significativa de las actuales familias cubanas ha traído aparejada los problemas reincidentes que observamos en el diario subsistir. La cultura machista, vengativa, la aplicación errónea del “ojo por ojo y diente por diente” que a nada bueno conduce y que, sin embargo, es la enseñanza común a los hijos con el aquello del “no te quedes dado.” Ya hemos apuntado que las causas

pueden ser muchas, pero las consecuencias, por lo general, son las mismas: pérdida del sentido verdadero de lo que es una familia y un hogar.

La Iglesia, preocupada siempre por el bienestar humano, ha formulado invariablemente sus preocupaciones en torno a esta problemática. En el Jubileo de la Familia, realizado el 17 de mayo del 2000, el cardenal Jaime Ortega Alamino, explicaba:

“La familia es el tesoro más preciado del ser humano, la familia católica debe cuidarse realizando en cada momento el designio divino de Dios sobre ella a corto, a largo o a mediano plazo. Esto significa tener normativamente presente, interiorizada y asumida sin reservas, la centralidad de la familia en el proyecto creador de Dios, que contrasta hoy con versiones incompletas y aun degradadas del papel de la familia en la sociedad y de la misma estructura familiar.”⁴ Y alertaba sobre algunos problemas vislumbrados a nivel social: “Es también desolador el ambiente familiar sin amor, donde solo se escuchan palabras duras, o se habla únicamente de problemas, y casi nunca se sientan a la mesa juntos y no hay fines de semana ni vacaciones en familia, sino que cada uno se las arregla por su cuenta.”⁵

La alerta de nuestro arzobispo es muy clara y certera, en una familia donde no exista el amor, sin que necesariamente tenga que ser cristiano, es proclive a la VIF, lo que ha quedado demostrado en distintas investigaciones de diversos especialistas.

No por repetitivas en nuestros medios de comunicación eclesiales dejaremos de recordar las palabras del beato Juan Pablo II en nuestro país durante su homilía en Santa Clara: “Así, las familias católicas de Cuba contribuirán decisivamente a la gran causa divina de la salvación del hombre en esta tierra bendita que es su patria y su nación. ¡Cuba, cuida a tus familias para que conserves sano tu corazón!”⁶

Asimismo, el actual Papa Emérito Benedicto XVI en el Mensaje

por la celebración de la Jornada Mundial de la Paz, en el 2008, abordó el tema: «Familia humana, comunidad de paz», en el que argumentaba que la paz se aprende en familia, por tanto, quien debilita a la familia, asimismo daña a la paz.” Y continuaba explicando sobre una vida familiar «sana», manifestando que «se experimentan algunos elementos esenciales de la paz: la justicia y el amor entre hermanos y hermanas, la función de la autoridad manifestada por los padres, el servicio afectuoso a los miembros más débiles, porque son pequeños, ancianos o están enfermos, la ayuda mutua en las necesidades de la vida, la disponibilidad para acoger al otro y, si fuera necesario, para perdonarlo».

A partir de lo antes expuesto por el Magisterio de la Iglesia y sus principales exponentes, de la necesidad de una cultura de paz que nazca desde el mismo seno familiar, las instituciones eclesiales deben contar con el suficiente espacio para divulgar su mensaje, en conjunto con las instituciones especializadas, ya sean los medios de comunicación, o la posibilidad de una enseñanza basada en la cultura del amor y del perdón. Sólo así lograremos esas “familias sanas” a las que se refería el beato Juan Pablo II en su homilía citada anteriormente, desterraremos estos grandes males evidenciados en algo tan atroz como la VIF y lograremos, a través del pilar básico que representa la familia para toda la sociedad, una más justa, fraternal y solidaria, para el bien común de todos.

Notas:

1- *Medea*, obra de teatro del griego Eurípides, en que la protagonista mata a sus hijos para castigar a Jasón que la abandonaba por otra mujer.

2- Trabajo de diploma para la obtención del grado de Licenciatura en Teología por el Seminario Evangélico, Matanzas, 2007, p. 60.

3- Patricia Ares, *La familia, una mirada desde la Psicología*, Editorial Científico Técnica, La Habana, 2010, p. 3.

4- Card. Jaime L. Ortega Alamino, *Te basta mi gracia*, Ediciones Palabra S. A., Madrid, 2002, p. 746.

5- *Ibidem.*, p. 748.

6- Cuadernos de “L’Ossevatore Romano”, Colección dirigida por Mario Agnes, *Que Cuba se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba*, Ciudad del Vaticano, 1998, p. 35.